

Sólo el cura no me tragaba; antes decía al subdelegado, al administrador de correos y á otros, que yo sería buen médico; pero que él no lo creía, porque era muy pedante y charlatán, y quien tenía estas circunstancias, ó era muy necio ó muy pícaro, y de ninguna manera había que fiar de él; fuera médico, teólogo, abogado ó cualquier cosa.

El subdelegado se empeñaba en defenderme, diciendo que era natural á cada uno explicarse con los términos de su facultad, y esto no debía llamarse pedantismo.

— Yo convengo en eso, decía el cura; pero haciendo distinción de los lugares y personas con quienes se habla; porque si yo, predicando sobre la observancia del séptimo precepto, por ejemplo, repito, sin explicación las voces de enfiteusis, hipotecas, constitutos, precarios, usuras paliadas, pactos, retrovendiciones y demás, seguramente que seré un pedante, pues debo conocer que en este pueblo apenas habrá dos que me entiendan, y así debo explicarme, como lo hago, en unos términos claros que todos los comprendan; y sobre todo, señor subdelegado, si usted quiere ver cómo ese médico es un ignorante, disponga que nos juntemos una noche acá con pretexto de una tertulia, y le prometo que lo oirá disparar alegremente.

— Así lo haremos, dijo el subdelegado; pero ¿y qué

diremos de la curación que hizo la otra noche? — Yo diré sin escrúpulo, respondió el cura, que ésa fué casualidad y el huevo juanelo. — ¿Es posible? — Sí, señor subdelegado; ¿no ve usted que la gordura y robustez del enfermo, la dureza de su pulso, lo denegrido de su semblante, el adormecimiento de sus sentidos, la respiración agitada y todos los síntomas que se le advertían indicaban la sangría? Pues ese remedio lo hubiera dictado la vieja más idiota de mi feligresía.

— Pues bien, dijo el subdelegado, yo deseo oír una conversación sobre la medicina entre usted y él. La aplazaremos para el 25 de éste.

— Está muy bien, contestó el cura. Y hablaron de otra cosa.

Esta conversación, ó á lo menos su substancia, me la refirió un mozo que tenía el dicho subdelegado, á quien había yo curado de una indigestión sin llevarle nada; porque el pobre me granjeaba contándome lo que oía hablar de mí en la casa de su amo.

Yo le dí las gracias, y me dediqué á estudiar en mis librejos para que no me cogiera el acto desprecenido.

En este intermedio me llamaron una noche para la casa de don Ciriaco Redondo, el tendero más rico que había en el pueblo, quien estaba acabando de cólico.

—Coge la jeringa, le dije á Andrés, por lo que sucediere, que ésta es otra aventura como la de la otra noche. Dios nos saque con bien.

Tomó Andrés su jeringa y nos fuimos para la casa, que la hallamos como la del alcablero de revuelta; pero había la ventaja de que el enfermo hablaba.

Le hice mil preguntas pedantescas, porque yo las hacía á miles, y por ellas me informé de que era muy goloso y se había dado una atracada del demonio.

Mandé cocer malvas con jabón y miel, y ya que estuvo esta diligencia practicada le hice tomar una buena porción por la boca, á lo que el miserable se resistía y sus deudos, diciéndome que eso no era vomitorio sino ayuda. — Tómela usted, señor, le decía yo muy enfadado; ¿no ve que si es ayuda, como dice, ayuda es tomada por la boca y por todas partes? Así, pues, señor mío, ó tomar el remedio ó morirse.

El triste enfermo bebió la asquerosa poción con tanto asco, que con él tuvo para volver la mitad de las entrañas; pero se fatigó demasiado, y como el infarto estaba en los intestinos, no se le aliviaba el dolor.

Entonces hice que Andrés llenara la jeringa y le mandé franquear el trasero. — En mi vida, dijo el enfermo, en mi vida me han andado por ahí. — Pues, amigo, le respondí, en su vida se habrá visto tan apurado, ni yo en la mía ni en los años que tengo de médico he visto

cólico más renuente; porque sin duda el humor es muy denso y glutinoso; pero, hermano mío, el clister importa, el clister, no menos que como la salud única á los vencidos, y si no, no hay que esperar más; porque una *salus victis nullam sperare salutem*; y así, si con el medicamento que prescribo no sana, ocurriremos á la lanceta abriendo los intestinos, y después cauterizándolos con una plancha ardiendo, y si estas diligencias no valen, no queda más que hacer que pagar al cura los derechos del entierro, porque la enfermedad es incurable; según Hipócrates, *ubi medicamentum non sanat, ferrum sanat; ubi ferrum non sanat, ignis sanat; ubi ignis non sanat, incurabile morbus*.

— Pues señor, dijo el paciente, haciéndole bajo sus parientes; que se eche la lavativa si en eso consiste mi salud. — *Amen, dico vobis*, contesté, é inmediatamente mandé que se salieran todos de la recámara por la honestidad, menos la esposa del enfermo.

Llenó Andrés su jeringa y se puso á la operación; pero ¡qué Andrés tan tonto para esto de echar ayudas! Imposible fué que hiciera nada bueno. Toda la derramaba en la cama, lastimaba al enfermo y nada se hacía de provecho, hasta que yo, enfadado de su torpeza, me determiné á aplicar el remedio por mi mano, aunque jamás me había visto en semejante operación.

Sin embargo, olvidándome de mi ineptitud, cogí la jeringa, la llené del cocimiento, y con la mayor decencia le introduje el cañoncillo por el ano; pero fuérase por algún más talento que yo tenía que Andrés, ó por la aprehensión del enfermo que obraba á mi favor, iba recibiendo más cocimiento, y yo lo animaba diciéndole: — Apriete usted el resuello, hermano, y recíbala cuán caliente pueda, que en esto consiste su salud.

El afligido enfermo hizo de su parte lo que pudo (que en esto consiste las más veces el acierto de los mejores médicos), y al cuarto de hora ó menos hizo una evacuación copiosísima, como quien no había desahogado el vientre en tres días.

Inmediatamente se alivió, como dijo; pero no fué sino que sanó perfectamente, pues quitada la causa cesa el efecto.

Me colmaron de gracias, me dieron doce pesos, y yo me fuí á mi posada con Andrés, á quien en el camino le dije: — Mira que me han dado doce pesos en la casa del más rico del pueblo, y en la casa del alcabalero me dieron una ónza; ¿qué, será más rico ó más liberal el alcabalero?

Andrés, que era socarrón, me respondió: — En lo rico no me meto, pero en lo liberal, sin duda que lo es más que don Ciriaco Redondo.

— ¿Y en qué estará eso, Andrés? le pregunté, porque el más rico debe ser más liberal. — Yo no lo sé, dijo Andrés, á no ser que sea porque los alcabaleros, cuando quieren, son más ricos que nadie de los pueblos, porque ellos manejan los caudales del rey, y las cuentas las hacen como quieren. ¿No ve usted que la alcabala que llaman del viento, proporciona una cuenta inaveriguable? Suponga usted del real ó dos que cobran por cada una de las cabezas que se matan en el pueblo, ya sea de toros ó vacas, ya de carneros ó cerdos, ¿quién les va á hacer cuenta de esto? Suponga usted las introducciones de cosas que no traen guías sino un simple pase por razón de su poco importe, como también los contrabanditos que se ofrecen, en los que se entra en composición con el arriero, y por último, aquellos picos de los granos que en un alcabalatorio suben mucho al fin del año, pues si un real tiene doce granos y el arriero debe por la factura siete granos, se le cobra un real, y si entran mil arrieros se les cobra mil reales. Esto me contaba mi tío, que fué alcabalero muchos años, y decía que las alcabalas del viento valían más que los ajustes.

En esto llegamos á la posada; Andrés y yo cenamos muy contentos gratificando á los dueños de la casa, y nos acostamos á dormir.

Continuamos en bonanza como un mes, y en este tiempo proporcionó el subdelegado la sesión que quería el cura que tuviera yo con él; pero si queréis saber cuál fué, leed el capítulo que sigue.



CAPÍTULO II

Cuenta Periquillo
varios acaecimientos que tuvo en Tula, y lo que hubo
de sufrir al señor cura

Crecía mi fama de día en día con estas dos estupendas curaciones, granjeándome buen concepto hasta con los que no se tenían por vulgares. Tiempo me faltaba para ordenar medicamentos en mi casa, y ya era cosa que me chiqueaba mucho para salir á hacer una visita fuera del pueblo, y eso cuando me la pagaban bien.

Aumentó mis créditos un boticoncillo y una herramienta de barbero que envié á comprar á México, que junto con un exterior más decente, que tenía algo de